



Literatura y Lingüística

ISSN: 0716-5811

literaturalinguistica@ucsh.cl

Universidad Católica Silva Henríquez

Chile

Alvarado B., Miguel

Notas sobre el discurso antropológico contemporáneo como problema tipológico: el olvido de la
epopeya y la apertura a la lírica

Literatura y Lingüística, núm. 13, 2001, p. 0

Universidad Católica Silva Henríquez

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35201311>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

NOTAS SOBRE EL DISCURSO ANTROPOLÓGICO CONTEMPORÁNEO COMO PROBLEMA TIPOLÓGICO: EL OLVIDO DE LA EPOPEYA Y LA APERTURA A LA LÍRICA

Miguel Alvarado B.
Univ. Católica de Temuco

Resumen

El presente artículo presenta una reflexión acerca de la antropología como un tipo particular de textualidad. El objeto de análisis es el discurso antropológico y su transformación. Así, la antropología es presentada como una disciplina que reivindica su carácter científico como discurso de la diversidad sociocultural. Desde la perspectiva socio-cultural, el autor muestra como la diversidad antropológica contemporánea desplaza el patrón discursivo de van Dijk.

De este modo, se sostiene que el discurso antropológico, a partir de la reivindicación de la diversidad, basada en el nivel etnográfico, busca su sustento en la estética, superando la macroestructura por una superestructura semántica, que fundamenta su carácter científico desde su acceso a la diversidad.

Abstract

This article introduces a reflection concerning anthropology as a kind of text, being its object of study: anthropological discourse and its transformation. Thus, anthropology is considered as a discipline that reestablishes its scientific character by means of diverse sociocultural discourses.

Keeping in mind the reestablishment of diversity and based at an ethnographic level, anthropological discourse seeks aesthetic support, overcoming the macrostructure by a semantic superstructure, which sustains its scientific character within its diversity.

In regard to the socio-conceptual perspective, the author gives account of how contemporary anthropological diversity settles aside Van Dijk's discourse.

No he querido expresar mi pensamiento
sino agregar desde la indistinción
lo que tú mismo piensas.
(Teoría de la Religión, George Bataille)

1. Introducción

Quienes temen a aquello que ha sido entendido como «la semiotización de las ciencias humanas y sociales», parecen olvidar que desde la exégesis bíblica hasta la hermenéutica contemporánea, desde Durkheim a Marx, desde Saussure a Heidegger, el pensar occidental es un pensar

preocupado por la significación, por lo que su comprensión del mundo es una semiotización y las relaciones sociales son vistas como una proyección de ella. Desde la teoría del valor en Marx, donde «la mesa se levanta sobre sus patas» o en Durkheim donde los procesos de significación definen la integración de la estructura y particularmente en Saussure, en cuyo pensamiento la simbolización queda al desnudo, permitiéndonos adentrarnos en los vericuetos del significado.

Confiamos en el aporte de una antropología definida desde la crisis de la metafísica de la conciencia, por ello reflexionaremos respecto de esta disciplina asumiéndola como un tipo particular de textualidad, es así como hemos optado por la caracterización tipológica del discurso antropológico contemporáneo desarrollado durante las últimas décadas en Occidente ¹, preocupándonos particularmente de las evidencias de transformaciones en él que permiten inferir cambios en su modalidad discursiva, desde una perspectiva centrada en la dimensión etnológica, a otra centrada en la dimensión etnográfica.

Nuestro objeto de análisis será, por lo tanto, el discurso antropológico que desde los niveles clásicos, etnográfico, etnológico y teórico, se ha transformado, partiendo de un estilo epopéyico hasta llegar a otro de tipo lírico, con lo cual ha renunciado paulatinamente a analogías como las originadas en las ciencias naturales y ha optado por negar la posibilidad de plantear a la etnología como herramienta para la comparación, renunciando con ello a la edificación de leyes universales de la cultura. La antropología reivindica hoy su carácter científico como discurso definido respecto de la diversidad sociocultural, que intenta la comprensión de cada contexto desde la superación del etnocentrismo y la claridad del carácter subjetivo de la descripción que cada antropólogo efectúa en sus enunciados discursivos.

En la necesidad de configurar un concepto de discurso antropológico que desempeñe aquello que Umberto Eco ha definido como interpretante (Eco 1985,133), entenderemos éste discurso como una elaboración verbal y simbólica –enunciada por la comunidad antropológica como comunidad científica– que define sentido desde sus representaciones mentales (por sobre la evidencia empírica), lo cual determina la significación de los hechos empíricos y sucesos tema de su preocupación científica. Así, este discurso es un texto que interpela e interpreta a otros textos: lo anterior se sustenta en el paso significativo de la antropología hacia la filosofía del lenguaje, lo cual, como veremos, ha significado un cambio sustantivo, tanto a nivel del acto de la enunciación del discurso antropológico, como a nivel del tipo de enunciado. Se crea, por lo tanto, un discurso antropológico que asumimos como un género específico que se presenta en los planos de la enunciación y del enunciado, asumiéndolo así a este

discurso como un esfuerzo por comprender la realidad como un entramado simbólico con carácter textual.

A nivel teórico-conceptual, los supuestos de base de estas páginas pueden sintetizarse en nuestra afirmación respecto a que la discursividad antropológica contemporánea, específicamente la que hoy se produce en Occidente, en los últimos quince años (aproximadamente), ha desplazado a aquel patrón discursivo que, siguiendo a van Dijk, organizó la enunciación de la antropología anterior sobre la base de una macroestructura que la ordena en los niveles etnográfico-descriptivo, etnológico-comparativo y, finalmente, en un nivel antropológico-teórico, teniendo este último pretensiones nomológicas de generar las leyes universales de la cultura por medio de la inducción.

2. La superestructura «nunca ausente» del actual discurso antropológico: un núcleo definido desde la conciencia de lo diverso y sumergido en la analogía estética

Podemos afirmar hoy (probablemente hace unos diez años no lo hubiésemos ni pensado), que la antropología es ante todo un género discursivo cuyo propósito es generar comunicación intercultural desde el encuentro de textualidades, y su proceso de generación de conocimiento corresponde a un tipo de análisis donde el texto antropológico interpela e interpreta a otros textos.

La tipología oficial dividía, como ya hemos sugerido, a la discursividad antropológica según los niveles de lo nomológico, es decir, etnográfico, etnológico y teórico, y cada subdisciplina como la antropología política, económica, de la religión, etc., se debía circunscribir al estilo de esta tipología, que agrupa el discurso en función a su profundidad en la generación de conocimiento de manera inductiva. Sobre esta clasificación aparece recientemente otra, que opera a nivel de la enunciación y del enunciado, y que en muchos sentidos supera la de esta textualidad disciplinaria anterior. Esta nueva tipología se corresponde más bien con opciones epistemológicas y con el diálogo con determinadas corrientes culturales, antes que con una pretensión alegre de escribir la ciencia para acumular verdad. Esta nueva tipología se centra en la diversidad y pasa raudamente de lo etnográfico a lo teórico.

Desde la antigua caracterización, que denominaba a estos discursos como antropología social para el caso británico, antropología cultural para el caso norteamericano y etnología para la corriente francesa, Claude Lévi-Strauss, el primer profeta de la significación del lenguaje mismo dentro del discurso antropológico, imaginó y creó una ciencia antropológica en general, enfrascado al igual que Foucault con el

concepto de antropología creado por Kant, es decir, como ciencia amplia de lo humano. Desde aquí en adelante el sólo concepto de antropología supera el nivel de las escuelas norteamericana, inglesa o continental, para posibilitar que hoy, desde la filosofía del lenguaje, el discurso antropológico comience un sistemático cuestionamiento respecto de la validez de la enunciación de universales culturales, como también de la enunciación de esquemas comparativos etnológicos, solamente la etnografía como enunciación y enunciado queda libre de polvo y paja, como un oasis en un desierto de desconcierto.

No solamente se trata del uso sistemático de la analogía lingüística, cosa que paralelamente a Levi-Strauss y Pike desarrollaron hace mas de treinta años, sino más bien la apertura franca y honesta a la influencia de las escuelas estético-literarias, cosa que siempre había existido pero que los «acumuladores de verdades» no podían ni querían ver. Mencionemos una leve intuición. El heredero de la tradición estructural funcionalista británica, Sir Edmundo Leach, tuvo una premonición y poco antes de morir escribió: «Una monografía tiene mucho más en común con una novela histórica que con cualquier tratado científico. Como antropólogos debemos llegar a un acuerdo sobre el hecho bien conocido de que las personalidades de los personajes de una novela derivan de aspectos de la personalidad del autor. ¿Cómo podría ello ser de otra manera? El único ego que conozco de primera mano es el mío propio» (Leach 1989, 137). Esta intuición representa un gesto de honestidad intelectual que desmiente toda la confianza en la tipología precedente; es precisamente desde este tipo de apelaciones desde donde gira la actual reflexión antropológica postmoderna. Sin embargo, queda por abrir el debate y la reflexión tipológica justamente allí donde la aceptación del estilo literario a nivel de la descripción etnográfica y de la analogía estética a nivel teórico, derivarán en una reconstitución de los agrupamientos de los discursos generando una nueva tipología.

El problema tipológico desde el cual nos situaremos se ubica simultáneamente en el plano de la enunciación y del enunciado, es decir, en el modo en que el hablante enunciadador del discurso antropológico da cuenta de los fenómenos socioculturales a nivel descriptivo o teorizante, en tanto sostenemos como a Benveniste: «Hay que atender a la condición específica de la enunciación: Es el acto mismo de producir un enunciado y no el texto del enunciado lo que es nuestro objeto. Este acto se debe al locutor que moviliza la lengua por su cuenta» (Benveniste, 1983, 83).

Por otro lado, vemos esta enunciación como un proceso que se da en un contexto pragmático y por ello eminentemente social. Para van Dijk la pragmática estudia: «las relaciones entre texto y contexto, de manera que define los enunciados que caracterizaremos como aceptables» (van

Dijk, 1989,81). Aunque este trabajo no es historia del discurso ni se preocupa de la filosofía del texto, el contexto intelectual tendiente a la analogización estética, crítico de la posibilidad de elaborar leyes universales, resulta para nosotros el aspecto fundamental que define el texto enunciado en la actualidad. De esta forma la enunciación del discurso antropológico puede ser entendida como una pragmática que se nutre de determinadas variables culturales contextuales, de una manera de producir, como veremos más adelante, una pragmática comunicativa asociada a la episteme de cada contexto sociocultural. Por ello la antropología y su discurso enunciado pasan a ser considerados en este artículo como un tipo específico de producción cultural que se encuentra a expensas de su contexto a nivel micro y macro social. Consideremos con Segre que «La historia parece, por tanto, revelarse bajos dos aspectos principales: como contenido histórico y como historicidad de los códigos. En un análisis más atento, los dos aspectos resultan homogéneos, ya que en el texto no importa tanto el dato o la evocación histórica como el 'universo imaginario', por decirlo con Goldman, es decir, una historicidad interiorizada y estructurada como sistema» (Segre 1985, 144). Esta historicidad interiorizada no sólo define el nivel semántico, sino la enunciación como proceso y al enunciado mismo en el discurso antropológico.

Por su parte, en el plano puntual de la enunciación, pensamos que la movilización de la lengua planteada por Benveniste, debe ser asumida, según nuestro punto de vista, en una perspectiva interdisciplinaria fuertemente vigilante de la analogía de corte estético. Ello nos situaría por sobre las taxonomías clásicas, lo cual hace inoperante las clasificaciones tradicionales de este discurso y haría necesario por ello iniciar una reflexión respecto de las nuevas formas de la enunciación antropológica, cercana a la estética, pero con una identidad discursiva centrada en su opción por enunciar discurso respecto de la diversidad sociocultural en cualesquiera de sus expresiones; en tanto, desde la crítica del empirismo antropológico se nos abre la posibilidad de comenzar a pensar nuevamente el texto antropológico, y de pensarlo aún como un discurso científico.

Para dar cuenta del modo en que la discursividad científico-antropológica se reformula, rompiendo con la lógica etnografía-etnología-teoría, es fundamental recurrir a van Dijk, quien propone los conceptos de superestructura y macroestructura:

«Denominaremos superestructura a las superestructuras globales que caracterizan el tipo de un texto. Por lo tanto, una estructura narrativa es una superestructura, independientemente del contenido (es decir: de la macroestructura) de la narración, aun cuando veremos que la

superestructura impone ciertas limitaciones al contenido de un texto. Para decirlo metafóricamente: una superestructura es un tipo de forma del texto, cuyo objeto, el tema, es decir: la macroestructura, es el contenido del texto» (van Dijk, 1989, 142).

Si la macroestructura tradicional de la antropología la ordenaba en estos niveles etnográfico, etnológico y teórico antropológico, y si asumimos que la superestructura de la antropología, hoy y en el pasado, es definida por el tema de la diversidad sociocultural, entonces podemos afirmar que el tipo de limitación que la macroestructura impone a la superestructura del discurso antropológico tiende a desdibujarse, en tanto la estructura narrativa o superestructura de la textualidad antropológica, definida desde el tema de la diversidad, configura un tipo de texto en el cual la macroestructura como contenido que define el género, tiende a desfigurarse, siendo reemplazado por una confusión de géneros o géneros confusos en términos de Geertz² (Geertz 1994), la que sólo se refigura desde el tema amplio de la diversidad como definitorio del tipo propio del texto antropológico o superestructura textual.

Más que primar esta agrupación macroestructural de los géneros discursivos, podemos apreciar hoy un sistemático proceso de disolución de estos niveles etnográfico, etnológico y teórico, desde la constatación de la imposibilidad de generar un conocimiento nomológico, por lo cual podemos caracterizar tipológicamente el discurso antropológico desde la identificación de sus superestructuras semánticas, las cuales se definen desde la especificidad etnográfica como recurso al trabajo de campo para la generación de categorías para saltar a prisa al plano de la teoría, teoría de alcance limitado y enfrascada en 'el caso' y el contexto local.

Por ello, la nueva tipología ha sistemáticamente asumido un nivel de tipo descriptivo, definido con un fuerte recurso al concepto poético, plástico, musical o francamente literario, particularmente en lo que respecta al uso de metáforas, y un segundo plano de tipo teórico conceptual, el cual define el uso de categorías de tipo estética para la elaboración de teorías de alcance limitado que intentan la comprensión hermenéutica de contextos por lo general muy específicos. De esta forma, este recurso estético en el plano de la enunciación resulta reiterado tanto en el nivel teórico como en el etnográfico. La renuncia a la generación de leyes universales de la cultura va unida, en este segundo carácter de nivel teórico, a la búsqueda de un lenguaje que asocie el texto antropológico al de las artes y las humanidades, teniendo como plataforma la continuación del esfuerzo clásico por dar cuenta analíticamente de la diversidad sociocultural. Es así como conceptos como polifonía, perspectiva, timbre, sonoridad, ritmo, enunciación, metáfora, mimesis, tropos, dialogía, poética, retórica, etc., inundan el lenguaje del teórico,

mientras que el discurso etnográfico se ve a su vez plagado de experimentos verbales más cercanos al giro metafórico que a la clasificación científica.

Este proceso contemporáneo de redescubrimiento de las posibilidades del concepto estético ha generado, a su vez, una reivindicación de la particularidad desde una suerte de «fundamentalismo etnográfico», pero en nuestra opinión ello, al estar asociado a una posible y supuesta disolución del sujeto, tiende a convertir a la antropología en un género discursivo con pretensiones de interpretación textual centrado más en el tema de la comunicación intercultural, entendida como encuentro de textualidades, que en un verdadero empirismo de corte conductista. La antropología se constituye entonces en una ciencia de la diversidad, sin teorías universales y sin comparación etnológica.

Esta superestructura semántica que reivindicaba la etnografía, y que hoy es reemplazada por otra que entiende a la temática antropológica como un hecho textual más que social, surge desde una episteme específica y esta es la de la disolución del sujeto y de la fragmentación de sentidos, asociada a la crisis de los megarrelatos diagnosticada por Lyotard⁴. Ello relaciona el actual discurso antropológico con una episteme puntual propia de la volatilidad de la condición postmoderna, siendo la meta de la antropología generar encuentro comunicativo desde el reconocimiento de la especificidad.

Clifford Geertz, el paladín de la antropología postmoderna, ha utilizado un concepto creado por Paul Ricoeur, el de refiguración, asumiendo una mimesis tercera aplicable específicamente a la interpretación del discursos históricos: refigurar es usar, en términos riquereanos, la libertad de interpretar una textualidad⁵. Es aquí donde la analogización estética permite entender el propio cuestionamiento ontológico respecto a la disciplina antropológica como un tipo de comprensión textual. El sujeto diluido a nivel del actor por el pensamiento postestructuralista, llega al plano de la interpretación, esta vez reivindicado en su condición de sujeto que interpreta un texto desde su individualidad y libertad.

La propia pregunta respecto del carácter de la actual praxis de la disciplina llega a ser un ejercicio interpretativo, donde la analogía estética orienta a quienes la utilizamos, a entender definitivamente a la antropología como una textualidad. Ello no solamente porque la antropología sea o pueda ser una semiótica de la cultura, sino porque se trata de una hermenéutica cultural, es decir, porque se vive un proceso mucho más complejo que la mera semiotización: el camino hermenéutico resitúa el problema del sujeto, al menos en estos planteamientos de Geertz, y obliga a pensar a la antropología como un género textual de

inspiración hermenéutica donde el sujeto tiene aún un papel; sin embargo, cabe preguntarse ¿Por cuánto tiempo?

3. La porfiada defensa de la tradición del discurso: ¿con qué palabras enunciar las nuevas diversidades?

La antropología se origina en el intento de explicar, interpretar y predecir fenómenos sociales y culturales derivados directamente de la revolución industrial, y de la necesidad de materias primas logradas por medio tanto de la colonización interna como de la búsqueda en ultramar. Esta ciencia surge, por lo tanto, desde la necesidad de dar cuenta de aquellas culturas caracterizadas como 'bárbaras' o 'salvajes', debido a que sus expresiones culturales, tanto en el plano material como ideacional, fueron y son, en muchos casos, radicalmente distintas de las formas culturales propias de la modernidad.

Curiosamente, también la antropología se hace directamente deudora del concepto de buen salvaje definido desde el pensamiento rousseauneano, que apuesta a la utilidad de la comprensión de la diferencia sociocultural, particularmente fuera de los límites de la modernidad, como alguna vez afirmó categóricamente el propio Levi-Strauss asumiendo así el entronque romántico e ilustrado de la antropología (ilustrado como teoría organizada de la cultura y romántico como búsqueda de la tradición asociada a la conformación del estado-nación europeo moderno).

Desde esta tradición de enunciación y enunciado centrada en la diversidad, lo que caracteriza hoy al discurso antropológico es su preocupación por la diversidad como constante universal, de producción, circulación y consumo de significaciones, puesto que para «Lo distintivo del saber antropológico no es ocuparse de pueblos 'primitivos' o de etnias y comunidades tradicionales, sino estudiar las diferencias, la alteridad y las relaciones interculturales mediante la generación de informaciones directas» (García Canclini, 1994, 129) y el estilo discursivo se caracteriza por un imperativo surgido desde la misma conciencia de lo universal de lo diverso. Esta ética opera a nivel consciente en la antropología comprometida y a nivel solapado en la antropología hermenéutica y racionalista, como defensa y reivindicación de que lo único auténticamente universal es lo diverso y sobre esta base se deben construir los discursos, si aún se pretende hacer ciencia.

Por otra parte, la discusión entre el carácter de los valores y la objetividad del conocimiento antropológico, llega a guardar una directa relación con el imperativo ético subyacente a toda descripción etnográfica, consciente o inconscientemente, y la ambición científica holística de la propia antropología, situación que para algunos historiadores de la disciplina se

constituye en un problema metateórico. Es en este terreno donde en las últimas décadas se ha producido un creativo diálogo entre antropología y hermenéutica, justamente centrado en el problema metateórico de los valores, los que serían simultáneamente objeto de estudio y formas de comprender. El tema de la comprensión inunda la enunciación y el enunciado, y define el nuevo modo en que la superestructura textual se presenta en el discurso antropológico.

Muy involucrado en esta polémica, un joven y estimado colega chileno recientemente se hizo eco de ella, adoptando una postura de corte fundamentalista desde criterios de demarcación de corte analítico, específicamente desde la propuesta de Hempel, apelando a la demarcación de la ciencia antropológica y se empeña en combatir dos apreciaciones propias de la antropología postmoderna, que desde Geertz definen el actual proceso de semiotización de la antropología: «la antropología debe abandonar el camino de la explicación para seguir el camino de la hermenéutica y que la cultura –el principal objeto de estudio de la disciplina– es un fenómeno semiótico» (Osorio, 1998). A nuestro entender ello constituye una caricaturización de la hermenéutica cultural de Geertz y pretende, desde una suerte de empirismo trascendental, reivindicar los viejos temas de la antropología positivista, esto es, acumular verdad desde un modelo de explicación que emule a las ciencias naturales. Mas allá del innegable aporte de la hermenéutica y principalmente de Ricoeur en el pensamiento de Geertz, principal representante de esta antropología situada desde la filosofía del lenguaje, a nuestro parecer reducir la visión de Geertz de la cultura a una categorización semiótica es no entender su aporte, en el sentido de asumir desde un cuestionamiento metodológico que desde el concepto de descripción densa supera el emic y el etic, un tipo de visión que entiende a la cultura como un fenómeno básicamente epistemológico, que llevado al plano de la teoría hermenéutica se constituye en una problemática de corte ontológico. La pregunta por lo observado se une a un concepto de cultura que la suma como un modo de comprender o perspectiva. La reedición en Geertz de la tradición comprensiva, desde el aporte de la hermenéutica histórica unido al humanismo de Ricoeur, es una salida para el atolladero que el postmodernismo implica en su crítica de la nomología. Búsquedas como las antes descritas, involucran el reivindicar la macroestructura clásica que explicaba desde la comparación, con lo cual reivindicamos un tipo de enunciación que ya no existe.

4. El discurso antropológico como género: su origen en las fuentes primarias para configurar discurso secundario

Útil es el aporte de Bajtín en lo que respecta a su concepto de género discursivo, sobre todo en la perspectiva de aportar desde allí a la reflexión en torno a la discursividad antropológica. En este sentido, Bajtín distingue entre géneros discursivos primarios y secundarios. Los segundos surgirían de condiciones de comunicación cultural más compleja; para desarrollarse deben, sin embargo, absorber muchos discursos primarios surgidos desde la comunicación inmediata.

Si es posible considerar al discurso antropológico como un género discursivo surgido en gran medida desde voces primarias, en tanto asume las instancias más elementales de la comunicación, producidas tanto en el sistema cultural objeto de análisis como en el sistema cultural del propio antropólogo, entonces nuestra tarea consistirá en identificar estas fuentes. Ellas surgen muy probablemente del habla tanto cotidiana como literaria contemporánea al escritor-antropólogo, y surgen evidentemente del modo consciente o inconsciente en que el discurso antropológico es influido por la enunciación de los propios sujetos investigados, sin que exista en muchos casos conciencia de la injerencia de estas fuentes primarias en la propia textualidad. El emic siempre ha influido al discurso antropológico, aún en las textualidades de inspiración teórica más positivista, y paradójicamente el discurso antropológico más «emico» nunca ha podido abandonar las fuentes primarias de las que el enunciador antropólogo es portador.

El texto antropológico se constituye como género secundario, es decir, como un tipo de género científico, desde estas voces primarias que definen su textualidad. No son sólo su objeto de estudio, sino también la materia prima de su construcción científica en el plano verbal. El modo de operar de estos discursos primarios se relaciona más con la elaboración del sentido común que con un proceso de formulación racional de textualidad. En este tipo de discursos existe, por tanto, una escisión entre el nivel teórico que junto a la tradición disciplinaria va definiendo los accesos heurísticos a la realidad y la discursividad antropológica, la cual, transitando por otros rumbos, se debate entre la fuerza convocante de la teoría y las articulaciones de sentido común que a nivel discursivo van definiendo los estilos narrativos. Nos permitiremos decir que la gran pobreza de la reflexión de la antropología sobre sí misma es el preguntarse tan sólo por sus transformaciones teóricas y metodológicas, y no por sus enunciados concretos generados en procesos de enunciación, definido desde géneros primarios, donde el argot de la calle se entremezcla con las sedimentaciones del habla culta, la que bajo la

forma del texto literario aborda al texto antropológico, incluso en forma velada, sorpresiva e imperceptible⁷.

Lo anterior se relaciona estrechamente con el concepto de estilo, si bien antropológicamente este concepto se relaciona más con corrientes culturales y con las epistemes (en el sentido de Foucault), al trabajarlo desde el terreno de los tipos textuales podríamos, junto a Ciapuscio, considerar necesario relacionar el estilo con el género discursivo: «los estilos llamados lingüísticos o funcionales son en realidad estilos genéricos de determinadas esferas de la actividad y comunicación humana» (Ciapuscio, 1994, 24). Cabe destacar la relevancia de la tarea de identificar esas fuentes primarias, que aún continúan definiendo la discursividad antropológica que la constituye como un género textual autónomo, pues es allí donde se encuentra la esencia del carácter del tipo antropológico, en tanto es desde esta esfera desde donde se define la superestructura semántica que dará sentido y perfil a la textualidad antropológica. Brioschi y Di Girolamo, citando a Hymes, dicen que el término estilo «implica una elección entre alternativas con referencia a una finalidad o marco común; de esta manera puede aplicarse a cualquier nivel de análisis» (Brioschi y Di Girolamo, 1988, 74). Por lo pronto afirmaremos que el estilo del discurso antropológico se ve fuertemente influido por fuentes primarias, de forma probablemente más definida y rotunda que por la propia teoría antropológica.

Desde las macroestructuras se pensó, en el contexto de la antropología clásica, que era posible definir una tipología desde los textos mismos en función del propósito de generar taxonomías autónomas de los procesos de elaboración textual. Un errado camino que en sí mismo suele ser equívoco para los géneros textuales secundario, en tanto queda patente y no sólo para la clasificación de los discursos científicos como: «Algunas teorías lingüístico textuales supusieron que la construcción de una tipología se lograba automáticamente, ni bien la teoría estuviera en condiciones de dar cuenta de las relaciones estructurales y funcionales complejas de los textos. Por otro lado, se pensó que una tipología será asequible por la vía inductiva, es decir, a partir del análisis de clases de textos particulares y su posterior generalización» (Ciapuscio 1994, 26).

Desde nuestra perspectiva, la antropología actual es un tipo de discurso que deambula entre el recurso analógico estético y su adscripción a la textualidad científica propia de la lingüística y las ciencias naturales, nutriéndose para ello de discursos primarios que deambulan en el contexto cultural del antropólogo y que, desde la superestructura textual que apela a la reivindicación de la diversidad, intenta constituirse, de manera bastante heterogénea y disímil, en un tipo de discurso científico. Muy comúnmente la categoría lingüística o científica natural llega a la

anunciación antropológica más como una articulación de sentido común que como un recurso discursivo por el que opta sistemática y racionalmente.

La separación entre etnografía, etnología y antropología teórica tiende a desdibujarse en la medida en que este discurso se va transformando, desde la segunda mitad del siglo XIX, con el sistemático agotamiento tanto de cientificismo racionalista como empirista.

Como ha planteado van Dijk: «Con todo hay que subrayar que una diferenciación empírica de los tipos de texto por parte del hablante, y por ello también una tipología teórica de los textos, no sólo se basan en las superestructuras, sino también en el contenido, es decir, en la macroestructura, en las estructuras estilísticas y retóricas, en funciones pragmáticas y funciones sociales. Una tipología textual sería sólo puede pasar al orden del día después de otras investigaciones sociológico textuales» (van Dijk, 166). De la diferenciación empírica de los tipos de discurso a la diferenciación del contenido, la antropología puede distinguirse en los tres tipos de géneros clásicos (etnografía, etnología y antropología teórica). Ello en la perspectiva de la antropología clásica representaría una diferenciación desde los géneros de este discurso, pero ello resulta un tanto inútil desde la consideración del nivel macroestructural real y concreto, particularmente en lo que se refiere a las estructuras estilísticas y retóricas, pues a este nivel la etnología como empresa se diluye y se nos presentan otros tipos discursivos. Ya la etnografía no apuesta a que cuenta la verdad y sólo la verdad, y la teoría ya no se erige como inmutable.

Intentando superar el plano meramente semántico, creemos oportuno dar cuenta de las transformaciones de este discurso, dividiéndolo en tres etapas, que a nivel diacrónico nos parecen significativas respecto de las transformaciones que dan origen al actual discurso antropológico en occidente, no obstante ellas representan un hilo conductor que le da su perfil discurso al texto antropológico, esto es, su preocupación por la diversidad en el plano de la enunciación como perspectiva que define la labor antropológica y, en el plano del enunciado, como textos productos de esta «actitud antropológica». Evidentemente no nos preocupa como evolución de los significados y de los sentidos, sino de las transformaciones semióticas en el plano de la enunciación y del enunciado, que dan como resultado la tercera de estas etapas. Es decir, un discurso antropológico centrado en la diversidad que se niega a la comparación sigue siendo ciencia, porque intenta describir y comprender en el plano del enunciado. Sin embargo, la enunciación renuncia a priori al concepto aristotélico cartesiano de verdad.

5. De la epopeya a la lírica

Intentado evadir el plano de la discusión teórica, pero centrados en la asunción del discurso antropológico, pensamos que éste se define hoy en occidente por una tendencia que puede ser sintetizada en base a dos afirmaciones, ambas planteadas por Foucault, como siempre oportunas cuando se trata de poner en duda e incisivas como un alfiler del cual cuelga un manifiesto: «el hombre no es el problema más antiguo ni el más constante que haya planteado el saber humano... 8 . Podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro en la arena» (Foucault, 1968, 375).

Desde estas dos premisas podemos asumir al discurso antropológico como un género discursivo de reciente aparición, con un objeto o epicentro textual progresivamente diluido, y cuyo destino es reformarse como una textualidad preocupada de otras textualidades. Su epicentro estaría dado por su posibilidad de dar cuenta de la diversidad desde una perspectiva centrada en la diversidad misma, de modo que la diversidad no sólo se constituye en un tema a nivel superestructural sino que lo define como género a nivel de la macroestructura.

Este discurso, como hemos afirmado, ha pasado desde la analogización organicista, o al menos naturalista, a otra lingüística, y su ruta se traza hoy desde la analogización estética, siendo los dos tipos textuales primordialmente existentes el epopéyico y el lírico.

Si asumimos a la epopeya en términos de Bajtín como un tipo de narración centrada en la figura arquetípica de héroes y personajes, representados en términos más bien prototípicos, extrañamente muy cercanos al estilo de los arquetipos racionalistas, esta epopeya es para nosotros una elaboración con carácter de entelequia, que representa la realidad pero que no es la realidad misma. Aquí es donde de paso podemos ver como el propósito del discurso antropológico ha sido compartido por disciplinas como la sociología, particularmente en el contexto latinoamericano.

Muy preciso ha sido José Joaquín Brünner, en el sentido de afirmar que el modo en que la ciencia sociológica se definía como narración centrada en actores y movimientos sociales vive «su crepúsculo». Con ello podemos asumir también que esa antropología definida desde los límites del desarrollismo y la suposición de identidad entre estructura y valor también vive su declinación. Corrientes como la antropología poética chilena y el postmodernismo etnográfico norteamericano no son sino expresión de que la dimensión epopéyica del discurso antropológico se encuentra, al menos parcialmente, agotada. Ya no basta con enarbolar

significantes como pueblo, indio o campesino. Los escenarios sociales definidos desde la globalización aceleran a tal nivel los procesos de configuración de sujetos y actores, y radicalizan de manera tan extrema la síntesis e hibridaciones, que no cabe más que perderle la confianza a los tipos ideales de tipo epopéyicos, pues ellos desgraciadamente resultan inadecuados para dar auténticamente cuenta de la dinámica del cambio.

Si asumimos con Bajtín que en realidad «los estilos lingüísticos o funcionales no son sino estilos genéricos de determinadas esferas de la comunicación humana» (Bajtín, 1989, 252), entonces la epopeya antropológica se nos presenta como un estilo lingüístico funcional a la necesidad de caracterizar actores y movimientos sociales, en la cual los héroes arquetípicos y sus andanzas no representan otra cosa que la dinámica de los procesos socioculturales, como en el héroe de la epopeya mitológica identificada por el folclorista. Indio, pueblo, obrero, mujer, joven, burguesía, etc., se nos presentan como actores de una trama epopéyica, cuya narración resulta en la enunciación de un discurso y en un enunciado cuya utilidad se desdibuja en la medida en que se aleja de un discursividad literaria y se compromete con la idea tradicional de verdad científica.

Por otra parte, si asumimos a la lírica como un género primordial, el que expresado en la tragedia estuvo, como plantea Nietzsche, más cerca del ser y menos capturado en el sentido, en la lírica estaría la posibilidad de un pensar no decadente, auténticamente centrado en el ser-del-mundo, quizás en el ser de una cultura. Para Kurt Spang la lírica, en términos genéricos, es un conjunto de estructuraciones verbales posibles de clasificar de distintos modos. Por nuestra parte, destacaremos un tipo de formación lírica, la que Spang caracteriza como «monológica e intimista» (Spang, 1993).

De los diversos modos, muchos de ellos más sociales, pensamos que este tipo de expresión lírica es la que define de mejor forma el actual rumbo de la textualidad antropológica. No se trata ya de una epopeya, ni de una lírica afincada en la vivencia colectiva, sino del sujeto situado frente al cosmos, en este caso frente a la cultura, que define su discurso antropológico desde la especificidad de su vivencia. El recurso ontológico a la pregunta por el observador, perspectiva inherente de toda hermenéutica antropológica, llevan al antropólogo ya sea a nivel de la teoría o de la descripción etnográfica, a constituirse en un hablante lírico que expresa una peculiar e íntima visión. El paso desde la pretensión de explicar a la de comprender hacen descartar la pretensión de configurar un discurso epopéyico, para abrir el camino a un discurso que de tan hermenéutico se convierte, cuando se radicaliza, en una lírica intimista.

Esta lírica cumple una función, como discursividad antropológica, similar a la de la lírica en cuanto género literario, esto es «la plasmación verbal de las vivencias íntimas del individuo, una plasmación que se entiende como liberación en la palabra y a través de la palabra» (Spang, 1993, 64).

6. La apertura a la epopeya en la antropología clásica como ruptura con las humanidades

Curioso, y al mismo tiempo útil, es el recordar que en sus inicios el discurso antropológico hizo uso de un tipo de descripción fuertemente estética, desde autores como Rousseau o Frazer. La crisis de este estilo discursivo tuvo que ver con su incapacidad para generar un discurso homogéneo que posibilitara la acumulación de verdad. Se trató de un discurso capturado en su aparente originalidad, pero al cual se le acusó de no permitir «contar» el conocimiento científico.

Siguiendo a Sahlins ⁹, podemos destacar, a manera de ejemplo, al clasicista James Frazer, formado en la mitología y en la teología, quien define su textualidad desde las humanidades, y al hablar de religión nos remite a su propia religión, la cristiana. Es un sujeto que escribe desde su cultura respecto de otras culturas y no intenta siquiera ocultarlo; así, nos habla del Festival del Rey de Sacaea, emulación (no sabemos si consciente o inconsciente) de la pasión de Cristo según San Mateo: «Toman a uno de los prisioneros condenados a muerte y lo sientan en el trono del rey, y le ponen la vestimenta del rey y le permiten dárseles de gran señor y beber desenfrenadamente y usar las concubinas del rey durante esos días y nadie le impide hacer lo que le gusta. Pero después lo desnudan y lo azotan y lo crucifican» (Frazer, 1967, 183).

En alguna parte el hilo discursivo se cortó y evidentemente ello guarda relación con transformaciones en la racionalidad occidental, que no son en sí tema de este trabajo, no obstante, el texto vive en esta ruptura y reconstrucción, reconstrucción que fue determinada por la invención nomológica. Es el intento a nivel de la enunciación de generar enunciados, que bajo la forma de la comparación del dato etnográfico, generaran un discurso cuya consecuencia fuese un tipo de enunciado con validez de ley universal. En rigurosa imitación, la discursividad de la lógica subyacente a la física invade, a nuestro parecer ya en forma extemporánea, al nascente discurso antropológico, para luego adscribirse, desde el funcionalismo y el marxismo evolucionista, en un discurso que se suma a los cánones de la discursividad científica, suponiendo que por medio de un proceso sistemático de inducción o de deducción se generarán categorías con pretensión universal y nomológica. El resultado fue una clausura en la aceptación a la

especificidad cultural, negando la legitimidad de lo afirmado desde la consideración de esta especificidad.

El intento de lograr leyes universales responde, en el plano de la enunciación, a una pretensión ideológica de elaborar categorías que, desde tipos ideales en el sentido webereano, logre constituir a la ciencia como un proceso sistemático de acumulación de verdad. Desde la concepción kantiana de la existencia de modelos –lo que en términos de la elaboración racionalista significó la elaboración de conceptos y asociaciones de conceptos (discursos) fundamentados en la condición de posibilidad (pero que antes que nada son abstracciones)–, se posibilitó la definición de teorías de la cultura, tanto al servicio de la modernidad como modo de racionalización o de modernización industrializadora, ello en la perspectiva de construir discursos capaces de dar sentido a los procesos de cálculo racional propios del mundo moderno. Pero la paradoja se da en tanto lo anterior sólo pretende dar sentido a un discurso cuya textualidad resulta en enunciados que no pueden salirse de la textualidad literaria.

Se vive esta contradicción debido a la subsistencia de una ideología que legitima el discurso. En términos de la sistematización hecha por Segre en lo que respecta al análisis del texto literario, es evidente que el discurso antropológico conlleva una elaboración de corte ideológico, que define la selección semántica de las palabras en lo que respecta a su asociación y al sentido dado a estas, lo que en términos de Bajtín serían los ideogramas o en términos de Barthes sería la *écriture*; en definitiva, los modos de relacionar texto y sociedad en los cuales «toda concepción del mundo, y cada una de las ideologías que se conjuran para instituir nuevas concepciones del mundo, implican determinados usos lingüísticos, y marcas estilísticas» (Segre, 1985, 83).

En esta etapa clásica, la que, dicho sea de paso, es la más conocida de la textualidad antropológica, cuyo período de auge y constitución se encuentra en la primera mitad del siglo (aunque existan autores que aún lo reivindican), se nos presenta un tipo discursivo a nivel filosófico de corte empirista, transparente y claro como un cristal, oscurecido a veces por oscuros tecnicismos, pero que consciente de la necesidad de comunicar, hace suyo el llamado de la escuela analítica, y particularmente de Russell, a superar la oscuridad del lenguaje, diseñando conceptos simples en su formulación, enraizados en la analogía organicista, que por lo general conciben a la sociedad como un cuerpo vivo, con órganos, miembros, articulaciones, un tejido social, concepción según al cual, al estilo de Durkheim, el discurso reconoce la patología, tal como el padecimiento de un cuerpo que se enferma y debe ser sanado. La textualidad se concentra en describir el modo en que la sociedad se

mantiene estable dentro de ciertos rasgos generales. Ejemplo de ella es esta afirmación canónica de Durkheim sobre la función social de la religión: «bajo todas las formas, tiene por objeto elevar al hombre por encima de sí mismo y hacerle vivir una vida superior (...) las creencias expresan esta vida en términos de representación; los ritos organizan y regulan su funcionamiento» (Durkheim, 1968, 423).

En este tipo de textualidad es ante todo el hecho empírico el que se destaca, y su descripción desapasionada es el parámetro para evaluar un texto científico: «Hay que atenerse a los hechos y ejercitar la imaginación, pero jamás dejarse envolver personalmente por la situación hasta el punto de no ser capaces de distinguir entre los hechos empíricos y los propios conceptos analíticos» (Leach, 1971, 50), de manera tal que en la labor antropológica debiese primar un criterio inductivo que integre categorías teóricas sobre la base de un trabajo de campo intensivo, de forma tal que sean los hechos los que señalen los conceptos que permitan la interpretación científica en antropología.

Definido este discurso desde el estructural funcionalismo que conlleva implícitamente valores en pro de la racionalización moderna de las relaciones sociales, y en pos de la modernización industrializadora en los países periféricos, este discurso enarbola la bandera de la objetividad y se resiste a todo cuestionamiento ontológico de los sistemas observadores. No obstante, su suposición respecto de la existencia de identidad entre estructura y valor, es decir, entre sociedad y cultura, lo unen, al menos en el plano estilístico, al marxismo más estructural, al modo de un Luis Althusser en su relectura de El capital , donde la penetración del tejido social o la orgánica del proletariado son tipos de figuras recurrentes.

Si a nivel teórico estructural, funcionalismo y marxismo estructural se bifurcan, en el plano discursivo se encuentran. Su lectura mecanicista los hacen recurrir al recurso retórico definido desde la analogía organicista; curiosamente, o más bien lógicamente, el estructuralismo marxista, aunque historicismo, también entiende a la sociedad como un cuerpo vivo, con las partes de este tipo de fenómenos y por ello con su inevitable decadencia. Esta dimensión teórica guarda para nosotros una estrecha relación con el estilo discursivo, recurriéndose constantemente a la analogía organicista y configurando un tipo de texto centrado en el funcionamiento de la estructura. Discursivamente la única diferencia entre estructural funcionalismo y marxismo tiende ser el papel que este último le da al conflicto, papel que el funcionalismo le niega. Ello no sólo define el argumento, sino el estilo del texto antropológico desde estas escuelas. Poco importa la distinción teórica al momento de enunciar un discurso: los recursos narrativos tienden a ser los mismos.

¿Qué unifica al positivismo estructural funcionalista y al marxismo estructural en términos discursivos? Su desesperada necesidad de analogizar orgánicamente, lo cual los convierte en un tipo de corriente distintos a nivel epistemológico y teórico, pero hermanas en su sistemático rechazo del recurso estético. Este se presenta más bien como una disgresión, producto de la desesperación del autor frente a la no existencia de neologismos para explicar la realidad.

Es el caso de la retórica de autores como Malinowski, quien recurre al concepto estético cuando no puede, desde la analogización organicista o mecánica, explicar su emoción o idea. Recurre a él como quien asume un pecado de manera consciente y solapada. Conocida es la historia del diario íntimo de Malinowski, pariente pobre de su diario de campo durante su estancia en las Islas Trobriand, el que se tituló acertadamente, al momento de ser publicado luego de la muerte de su autor, como Confesiones de ignorancia y fracaso. Allí el florido lenguaje del naturalismo de Zola y la retórica imaginativa de Joseph Conrad deambulan libremente. Los tiempos no estaban maduros para fusionar ambos diarios, y sus contradicciones revelan la debilidad para representar isomórficamente lenguaje, pensamiento y realidad. El más clásico de los autores estructural funcionalista, el más científico de los autores, tambalea en la imposibilidad de comunicar y expresar desde la analogía orgánica. Su analogización estética es un feliz pecado, cuidadosamente encubierto. El estilo epopéyico se entroniza, definiendo un discurso preocupado de la dinámica de la sociedad y de la cultura, al estilo de la narración de un mito escatológico que cuenta del cosmos y le da sentido.

7. La crítica cultural como estilo discursivo

En esta etapa iniciada a mediados de siglo, el texto se pone netamente al servicio del contexto. Así, el discurso antropológico, primero en América Latina, y luego en Norteamérica, pasa a constituirse a nivel semántico en una antropología comprometida, asociada a teorías críticas de la sociedad, cuyo interés es generar cambio social con fines o bien promocionales o bien francamente revolucionarios. Este discurso tiende a no diferenciar el proceso de generación de conocimiento con el proceso de transformación de la realidad, unificando estos niveles en propuestas como la de la investigación acción o la evaluación iluminativa. Su valuarte son los métodos cualitativos y su discurso se define desde un nudo argumental de corte dialéctico e histórico.

Citemos a dos representantes, aún actuales, de este compromiso: para Lourdes Arispe el término indio sirve para denominar «a todo aquel

susceptible de convertirse en sujeto de explotación» (Arispe 1988). En el caso del actor indígena el paso desde «el indio tribal al indio genérico define la radicalidad de la dominación» (Ribeiro 1981, 34).

Desde aquella discursividad definida desde el empirismo cientificista, crítico de los relatos de segunda o tercera mano se desarrolla, tanto en los países centrales como en los del tercer mundo, un discurso que se define desde un eje valórico angular, esto es, la premisa de que es la modernización el modo más adecuado de mejorar sustantivamente las condiciones de vida de gran parte de la humanidad. Sobre la plataforma de un discurso fuertemente enraizado en el relativismo axiológico, se define una posición centrada en la generación de cambio social en pos del primero, del desarrollo , y luego del etnodesarrollo. No obstante, esta enunciación se centra en el cambio socio-cultural desde un tipo de argumentación implícita, la que no sólo define la reflexión conceptual sino el modo mismo de escribir la antropología.

Se trata de una ciencia al servicio del cambio desde la suposición de identidad entre estructura y valor. La retórica del cambio inunda la discursividad. Es una textualidad que se ha realizado a partir de una dicotomización entre los conceptos de sociedad y cultura, a partir de comprender a la sociedad, desde el racional iluminismo, como la estructura u orden acordado, y a la cultura como el conjunto de valores que articulan el orden social, manteniéndose dentro de las claves del racional iluminismo el pensar «que existe una necesaria identidad entre estructura y valores», tendiéndose a «sustituir el análisis de los valores por el análisis de la maximización del equilibrio (...), lo cual estaba inscrito en las mismas ideologías modernas nacidas de la Ilustración» (Morandé, 1987, 67), teniendo lo anterior profundas repercusiones en el tratamiento discursivo del sujeto popular, en tanto permite independizar su estudio del estudio exclusivo de la estructura social. De este modo se define una textualidad en la cual la epopeya define los arquetipos con que se enuncia el actor popular.

Este discurso antropológico, a partir de concebir esta supuesta identidad entre estructura y valor, definió un tipo de concepción ideológica que tiñó su discurso de héroes y villanos, en la cual «se estableció como punto de partida un concepto central donde convergen el análisis funcional de la sociedad y el análisis de los valores. Tanto el pensamiento liberal iluminista como el pensamiento marxista parten de la idea de la convergencia de ambos planos y tratan la diferencia entre las relaciones estructurales-funcionales y los valores como una apariencia detrás de la cual existe una identidad de los dos planos» (Hinkelammert, 1970, 169).

Al fusionarse la enunciación de los valores con la enunciación de la lectura de la estructura social, el sello distintivo de este discurso crítico se define desde su caracterización dialéctica de la realidad, lo que repercute en la narración realizada. Aún se habla en el plano de la epopeya, y aquí es la instancia donde la epopeya se radicaliza, más villanos y más héroes pueblan el texto, el cual expresa movimiento en tanto él mismo se mueve en el espiral de la radicalidad de la propuesta. Cuesta pensar un momento donde la antropología tenga un discurso más propio de la epopeya.

8. La antropología como discurso sobre los discursos: el giro hermenéutico

Las textualidades antropológicas de corte hermenéutico como lo son la descripción densa de Geertz, el diálogo polifónico de Tyler o la antropología poética de autores chilenos como Juan Carlos Olivares o Pedro Mege, pueden ser caracterizadas desde su intento por acceder al «ser» de la cultura, aunque su propuesta se define desde una perspectiva más bien valórica, siendo lo valórico el eje de su discursividad, y la elaboración metafórica el recurso narrativo preferente.

Autores anteriores al estructuralismo generan el desconcierto necesario para reorientar profundamente la textualidad antropológica. Ya en la década del cincuenta el gran Jean Duvignaud auguraba el destino actual del discurso antropológico afirmando: «El viejo Hegel decía que si la realidad nos parece irracional, para comprenderla necesitamos inventar conceptos irracionales. Senda difícil, con frecuencia inquietante. Pero la fiesta es inquietante» (Duvignaud, 1960, 5).

En nuestra opinión, el giro hermenéutico es impensable sin el proceso previo vivido por el discurso antropológico que asumía categorías lingüísticas. El estructuralismo francés, desde Tristes trópicos a los más complejos análisis estructurales del mito o el parentesco, allanaron el camino para la apertura de la comunidad antropológica hacia una discursividad hermenéutica. De allí la importancia de las analogizaciones de corte lingüístico tales como «las reglas del matrimonio son los aspectos complementarios de un sistema de intercambio por medio del cual se instaura y mantiene la reciprocidad entre las unidades constitutivas del grupo» (Levi-Strauss, 1981, 31). Estos textos técnicos y herméticos abrieron la posibilidad del discurso hermenéutico en antropología, en tanto comenzaron a enunciar desde el lenguaje mismo.

Mucho nos ha entregado la escuela francesa y es a nuestro parecer con Pierre Bourdieu cuando la discursividad antropológica asume la textualidad analógico lingüística simultáneamente, pues intuye y utiliza

otro tipo de construcción textual abierta a la hermenéutica, casi como sin querer, pero dando libertad a la enunciación y, por ello, presentándonos un texto enunciado mucho más libre. A manera de ejemplo, cuando Bourdieu reflexiona sobre el fenómeno educativo, lo hace con este tipo de discurso: «El rendimiento diferencial de la comunicación pedagógica remite a la desigual distribución, entre las clases sociales, del capital lingüístico escolarmente rentable (...) El valor sobre el mercado escolar del capital lingüístico del que dispone cada individuo está en función de la distancia entre el tipo de capacidad simbólica exigida por la escuela y la capacidad práctica del lenguaje debido a su primera educación de clase» (Bourdieu, 1987). En este plano, desde la posibilidad de juego del actor, el discurso enuncia la necesidad de una etnografía que supera la mera analogización lingüística. Se trata de un tipo de discurso centrado en la etnografía y definido desde un particularismo cuestionador de la nomología.

Por su parte, en el planteamiento etnográfico de Geertz, la pregunta ontológica al interior del discurso etnográfico se debe fundamentar en un profundo cuestionamiento en torno a las posibilidades mismas de la escritura etnográfica, conectando los planos científico interpretativo con el estético propiamente tal. Es así como al referirse al concepto de estar allí se refiere a «la ilusión de que la etnografía consiste en hacer encajar hechos extraños e irregulares en categorías familiares y ordenadas (esto es magia, aquella tecnología) lleva tiempo siendo explotada. Lo que pueda sustituir a esto resulta, sin embargo, menos claro. Que pudiera ser un cierto tipo de escritura, de transcripción, es algo que de vez en cuando se les ha ocurrido a los relacionados con su producción, su consumo o a ambos por igual. Pero el análisis de la etnografía como escritura se ha visto obstaculizado por consideraciones varias, ninguna de ellas demasiado razonable» (Geertz, 1989, 11).

El abandono del estilo discursivo de la perspectiva clásica marxista y positivista, y de la postura crítica centrada en la generación de cambio, son a nuestro parecer insumos que permiten hablar de una nueva discursividad antropológica definida desde el plano hermenéutico, la que transforma radicalmente la enunciación y el enunciado en esta disciplina.

9. Algunas preguntas dentro y fuera de contexto desde el giro hermenéutico: ¿será posible el alma del habla?

Si el camino es la lírica para la discursividad antropológica, y es allí donde el sujeto es redescubierto, cabe así interrogarse sobre el actual papel del sujeto; preguntarse si acaso es inevitable la predicción foucaultea respecto de la disolución del sujeto. ¿Acaso será la lírica antropológica, el texto antropológico emulando al texto poético literario, lo que terminará

por diluir el sujeto?, y dentro de esto mismo, ¿qué consecuencias prácticas puede tener esto para la disciplina en su proyección social? Surge un cuestionamiento que aún no podemos abordar, solamente mencionar, como quien prevé un nubarrón (con posible carácter de tormenta) y no puede más que «mencionarlo». Este artículo no hace predicciones, solo intuye futuras preguntas.

No obstante, en nuestro interés de profundizar en la opción lírica, podemos afirmar radicalmente que ella se relaciona estrechamente con la opción hermenéutica. El acceso al ser que la hermenéutica pretende sólo se logra desde una lírica profunda que supere a la cárcel del sentido. Ello es una problemática más teórica que tipológica; no obstante, resulta sugerente el mencionar que la disolución del sujeto, como consecuencia de la adopción de una opción textual de carácter lírico para la antropología, tiene profundas repercusiones en el plano ético, aunque ello muchas veces oscurece y enreda la comprensión del real perfil del discurso de la antropología occidental reciente.

En un intento de polemizar con la perspectiva hermenéutica, Barbara Herrnstein desarrolla una ácida crítica a la ética de la interpretación que, desde una perspectiva hermenéutica, intenta imponer un tipo de interpretación textual. Sus dardos se dirigen contra lo que E. D. Hirsch denominó el alma del habla, empresa que conlleva expresar el significado y comprender lo que se intenta expresar. Deseo rescatar de este cuestionamiento la crítica que nuestra autora hace del intento hermenéutico de equiparar entre el discurso natural y el discurso ficticio: creemos junto a ella que «aunque las intenciones de todos los autores son históricamente determinadas, los significados de todos los enunciados no lo son» (Herrnstein, 1993, 150). Nuestras interrogantes siguen el camino de la pregunta por el modo en que el género antropológico, al traspasarse al plano de la textualidad lírica, puede reivindicar, desde la caracterización de la diversidad, el significado de los enunciados.

Hoy podemos reivindicar a la antropología como un espacio etnográfico donde lo experiencial puede ser asumido en reemplazo de lo experimental o lo empírico. Las nuevas islas desoladas están habitadas por un texto que emerge de manera oral o en forma escrita, desde sujetos autoconscientes de su identidad étnica y que generan una textualidad desde un espacio de juego tan amplio como lo que corresponde a las obras plenamente insertas y, por ello, creadas dentro de los límites de las culturas tradicionales, hasta obras que expresen ya sea la yuxtaposición de categorías culturales o la síntesis entre la estética literaria occidental y las significaciones «emic».

Es aquí donde James Frazer se rehabilita. La nueva etnografía se constituye desde la reivindicación del acceso multidisciplinario e interdisciplinario. El creciente acceso de los grupos étnicos a los medios de comunicación de masas, como a la educación formal, genera una posibilidad de encuentro intercultural mucho más simétrico, donde la antropología representa el producto más profundo de la síntesis, o al menos de encuentro, entre estos grupos y el mundo globalizado moderno. Desde la reivindicación de la particularidad de carácter postmoderno, la antropología representa un espacio dinámico de reelaboración identitaria, donde la vida cultural de un grupo étnico puede presentarse nítida en su complejidad y actualidad tanto simbólica como material. El nuevo etnógrafo frente a su computador caminará por los senderos de las significaciones: las islas perdidas son los textos que en el acceso multidisciplinario son descubiertas por el navegante de gabinete o de campo, teórico o etnógrafo.

El norteamericano James Boon en su libro *Other Tribes, Other Scribes. Symbolic Anthropology in Comparative Study of Cultures, Histories, Religions, and Texts*, plantea justamente la necesidad de resituar el análisis cultural más allá del empirismo o el cognitivismo. Para ello hecha mano del concepto de interpretación desde una perspectiva webereana, donde la verdadera comprensión no involucra una confianza ciega en el trabajo de terreno, como tampoco una fe irrestricta en el habla del sujeto. Por el contrario, el acceso hermenéutico cultural propuesto por Boom pone al mismo nivel el análisis de terreno con el texto analizado en el escritorio; de esta manera, nuestro autor nos invita a desacralizar el trabajo de campo.

Desde nuestra perspectiva, esta desacralización es plenamente posible, en tanto cabe preguntarnos ¿Qué extraño y prohibido procedimiento involucra el trabajo de campo que hace al investigador confiar ciegamente en la data obtenida? Como también podríamos preguntar: ¿Qué es lo que nos permite asumir que lo dicho por el informante es plenamente comprendido por nosotros?, ¿cómo nos podemos introducir en la cabeza del otro?

10. Conclusión

En la perspectiva de caracterizar tipológicamente el discurso antropológico contemporáneo como texto enunciado y, dentro de lo posible, como proceso de enunciación, podemos afirmar que él se constituye desde la reivindicación de la diversidad, centrada en el nivel etnográfico, lo cual le hace buscar en la estética su sustento, superando la analogización de corte biológico o físico que pretendía, desde el discurso etnológico, elaborar un texto que enunciara leyes universales de la cultura. La macroestructura es superada en pos de esta nueva

superestructura semántica, que sustenta su carácter científico desde su acceso a la diversidad.

Nosotros, antropólogos contemporáneos, que a nivel mundial nos formamos despreciando a James Frazer, curiosamente hoy no le hubiésemos creído a Malinowski y su pretensión de crear una antropología que pase desde el concepto a la realidad, como el «arquero que lanza su flecha y da en el blanco»¹⁰. Así de contradictorios, hoy reivindicamos el trabajo de campo, pero fundamentamos nuestra reivindicación en un activismo estético, más cercano a la acción de arte que a la generación de conocimiento en su acepción clásica.

No obstante, aún hoy la antropología se hace posible, desempolvando al viejo Frazer y asumiendo el «heroísmo sin alegría» de Malinowski, el viejo desmistificador atrapado en sus mitos¹¹, desnudo ya de su pretendida rigurosidad, que se nos presenta como una prosa sugerente. Nublada la conciencia y sus propósitos, lo miramos a los ojos y vemos al esteta cuyo discurso dijo verdad sin querer decirla, sin ser consciente de conocerla.

Claros respecto de esta disyuntiva, que hace transitar a la discursividad antropológica de la reivindicación del más pueril empirismo hasta la oscuridad del sueño estético, en ocasiones, amoralmente definido, de la reflexión desarrollada quedan unidas dos preguntas aparentemente inconexas: ¿Cuál es el tipo discursivo propio de la textualidad antropológica?, y muy relacionado con lo anterior, ¿debe la antropología aceptar la injerencia de los valores de los propios antropólogos en el proceso de construir este discurso?

En nuestra opinión, la historia del discurso antropológico es la historia del modo en que la antropología se ha negado a aceptar la injerencia de estos valores en su discursividad, hasta la actual sistemática aceptación de estos desde un paso hacia la semiotización de la disciplina previa opción hermenéutica de la misma, en tanto la crisis de la racionalidad científica ha llevado a la antropología a aceptar el valor de la analogía estética y, por ello, a cuestionarse la posibilidad de generar un discurso objetivo. El giro estético como giro hermenéutico no es sólo inclusión de conceptos estéticos: es la aceptación de los valores dentro del discurso antropológico.

La superestructura de la textualidad antropológica define su actual rumbo desde una episteme situada más bien en la crisis de la suposición de la identidad entre estructura y valor y en la reivindicación de particularidades, lo que hace navegar a esta textualidad en una suerte de mar lleno de islas y cuyos confines no son más que horizontes inconmensurables.

De esta manera, en el discurso antropológico contemporáneo se configura un discurso fuertemente narrativo, definido desde la reivindicación de la diversidad, con lo cual se niega implícitamente la posibilidad de establecer universales de la cultura, lo que para los defensores del discurso antropológico clásico resulta en una forma de «irracionalismo». En la dinámica interna del discurso antropológico, que hemos entendido como un texto que intenta interpretar a otros textos desde un sustento filosófico definido desde la filosofía del lenguaje, resultaba insostenible continuar defendiendo la posibilidad de elaborar leyes universales de la cultura desde la comparación etnológica. La etnología como nivel macroestructural y, específicamente, como género, resulta inconsistente, no solamente porque carezca de un sustento filosófico fundamentado en la antropología occidental más reciente, sino porque la superestructura semántica definida desde el rescate de la diversidad radical, hace discursivamente incongruente continuar con el intento de generalización a imitación de las ciencias naturales.

Se trata de una textualidad definida desde la analogización estética, crítica de la analogía surgida de las ciencias naturales, aunque dialogante con la analogía lingüística. Autores latinoamericanos como Carlos Reynoso en el caso de la antropología postmoderna argentina, Juan Carlos Olivares y Pedro Mege en el caso de la antropología poética chilena, Paul Ravinow, Clifford Geertz, Stephen Tyler, James Clifford y George Marcus, en el caso de la hermenéutica antropológica norteamericana, son sólo algunas demostraciones de ello. La enunciación de sus discursos antropológicos por ellos teóricamente sustentada desde una conceptualización de corte existencial nihilista, puestos frente a nuestros ojos críticos, resultan una fehaciente demostración del giro hermenéutico poético que vive en toda su radicalidad la antropología.

En estos autores su discurso nos presenta un sujeto que se encuentra diluido, aunque no ha muerto el autor. Se trata de un tipo de discursividad que se debate entre la lírica y la epopeya. De la negación de la universalización nomológica, se llega a una reivindicación radical de la diversidad. Si para generalizar desde la comparación etnológica se necesitaba de actores y movimientos sociales arquetípicos y claramente identificables, la reivindicación de lo diverso ha llevado a reivindicar justamente las diferencias. Por ello la epopeya con héroes arquetípicos es dejada un tanto de lado, en pos de un tipo de discursividad de tipo lírica, en que el texto antropológico, en tanto enunciado, se nos presenta como una elaboración definida más desde recursos como las metáforas, que desde la generalización emanada de la comparación. Particularmente, el tono íntimo y casuístico del texto poético encuentran fértil terreno en esta nueva antropología, donde el monólogo interno prima como

pregunta por el observador más que la intención de enunciar leyes petrificadas.

NOTAS

1. Hacemos el alcance respecto de ubicar nuestro objeto de análisis y reflexión en el discurso de la «antropología occidental» debido a que reconocemos la existencia de una textualidad antropológica indianista propia de la descolonización, que no se adapta a los procesos de enunciación precisados en el presente trabajo.

2. El antropólogo y pensador Clifford Geertz habla justamente de la refiguración del pensamiento social como base de una propuesta interpretativa para la ciencia social contemporánea: véase su texto «Conocimiento Local».

3. La utilidad del concepto foucaulteano de episteme, deriva de su vínculo tanto con el concepto de estilo en el ámbito estético-literario como en su relación con el concepto filosófico de teoría del conocimiento y el de estilo cultural definido por Kroeber en una perspectiva antropológica. La próxima tarea en nuestro programa de investigación será reflexionar sobre el vínculo semántico e histórico entre estas categorías.

4. De nuestra lectura de La condición postmoderna debemos destacar el tema de la clasificación de discursos en este libro. El tema de la clasificación adquiere una dimensión tanto política como epistemológica, en tanto la «fragmentación» derivada de la crisis de la racionalidad occidental, desde conceptos como el de «juegos de lenguaje», donde la pragmática del proceso comunicativo determina el modo en que se organiza el significado para obtener o conceder poder como también el modo en que el reordenamiento en el establecimiento de relaciones entre los textos determina modos distintos de conocer; así, sin siquiera soñarlo, nos vemos expuestos a la explosión de las clasificaciones, empeñados candorosamente en ubicar nuestras textualidades específicas en un universo de significaciones. La fragmentación consume al hablante, agotándolo en la reafirmación de la especificidad de su texto.

5. En esta específica lectura de Ricoeur nos apoyamos en lo planteado por el Dr. Hernán Neira en el curso de tipologías discursivas del Doctorado en Ciencias Humanas de la Universidad Austral de Chile.

6. En nuestra opinión, la opción entre una hermenéutica centrada en el ser y una hermenéutica centrada en el sentido es un tema no resuelto por la antropología postmoderna. Respecto de esto véase nuestro artículo: «Los últimos poetas de la aldea. La antropología poética como posibilidad

hermenéutica». Actas III Congreso Chileno de Antropología, Tomo I. Santiago, 1999.

7. En este punto nos aproximamos, como el lector ya percibió, a la lectura de Antonio Gramsci respecto a la relación entre discurso y sentido común. Falta aún una reflexión más detallada, realizable en otro trabajo. Valga por lo pronto como una intuición que complementa la aproximación que desde Bajtín hacemos a los géneros primarios y su influencia en los secundarios.

8. Aclaramos que el corte es nuestro.

9. Esta idea fue en lo esencial extraída del texto de Marshall Sahlins *Islas de historia*. La muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia, Gedisa, Barcelona, 1988. No obstante, la reflexión de este autor se mueve a un nivel exclusivamente teórico-semántico.

10. Este concepto supone la visión neopositivista de la descripción isomórfica entre lenguaje, pensamiento y realidad, propia de esta escuela y como metáfora creada por Bertrand Russell, visión que en nuestra opinión define la discursividad antropológica de corte estructural funcionalista.

11. Por medio de esta frase hacemos una paráfrasis a una categoría creada por el poeta chileno Pablo de Rokha, inserta en su texto teórico-estético «Arenga sobre el arte», reeditado en varias ocasiones durante la década del '50 por «su» Editorial Multitud. En este texto se define una estética materialista histórica que intuye el concepto de homología presente en la estética de Lukacs; no obstante, su originalidad reside en abordar el concepto estético no solo como emulador del proceso social, sino en destacar el papel del poeta héroe popular, el esteta científico que timonea el cambio histórico. Cuando cae el telón de proyecto marxista, queda nítido el recurso estético de corte existencial, poderoso y sugerente más allá de la ideología misma.

11. Bibliografía

Arispe, Lourdes. «El Indio: mito, profecía y pasión». En: *América Latina en sus ideas*. Siglo XXI, México, 1987.

Bajtín, M.M. *El problema de los géneros discursivos*. Siglo XXI, México, 1989.

Benveniste, Emile. *Problemas de Lingüística General*. Tomo II. Editorial Siglo XXI, México, 1983.

Boon, James. *Other Tribes, Other Scribes. Symbolic Anthropology in Comparative Study of Cultures, Histories, Religions, and Texts* . Cambridge University Press, Cambridge, New York, 1982.

Brünner, José Joaquín. «Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas». Flacso, Santiago, Documento de Trabajo (mimeo), 1998.

Ciapuscio, Guiomar. *Tipos textuales. Enciclopedia semiológica* . Universidad de Buenos Aires. Argentina 1994.

Clifford, James. *Dilemas de la cultura postmoderna* . Gedisa, España, 1995.

Durkheim, Emilio. *Las formas elementales de la vida religiosa* . Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

Eco, Umberto. *Tratado de semiótica general* . Editorial Lumen, Barcelona, 1985.

Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Editorial Tusquets, Barcelona, 1983.

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Editorial Siglo XXI, México, 1968.

Frazer, James. *La rama dorada*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1967.

García Canclini, Néstor. «Los estudios culturales de los 80 a los 90: Perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina». En: *Postmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural* . Herms Heringhaus Editor, Editorial Laren Verlag, Berlín, 1994.

Geertz, Clifford. *El Antropólogo como autor* . Editorial Paidós, Buenos Aires, 1989.

Heller, Agnes. «De la hermenéutica social a la hermenéutica de las ciencias sociales». En: *Políticas de la Postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. Editorial Península/ideas. España, 1994.

Herrnstein, Barbara. «Al margen del discurso. La relación de la literatura con el lenguaje». En *Literatura y debate crítico*. España, 1995.

Hinkelammert, Franz. Ideologías del Desarrollo y Dialéctica de la Historia. Ediciones Nueva Universidad, 1970.

Leach, E. Replanteamiento de la antropología . Editorial Seix Barral, Barcelona, 1971.

Leach, E. «Writing anthropology», American Ethnologist.16 (1),1989, págs. 137-41.

Morandé, Pedro. Cultura y Modernización en América Latina. Ed. P. Universidad Católica, 1983.

Osorio, Francisco. «La Explicación en Antropología». Revista Cinta de Moebio. Número 4. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Diciembre de 1998.

Powe, Karla. «Writing Culture and writing Fieldwork: The Proliferation of Experimental and Experiential Ethnographies». ETHNOS Vol.61:3-4,1996.

Ribeiro, Darcy. Fronteras indígenas de la civilización . Siglo XXI, México, 1971.

Ricoeur, Paul. Tiempo y narración. Tomo I La configuración del tiempo en el relato histórico . Ediciones Cristiandad, Madrid, 1987.

Segre, Cesare. Principios de análisis del texto literario . Editorial Crítica, Barcelona, 1985.

Spang, Kurt. Géneros literarios. Editorial Síntesis, Madrid, 1993.

Ulin, Robert. Antropología y teoría social. Editorial Siglo XXI, México, 1990.

Van Dijk, Teun A. La ciencia del texto. Un enfoque interdisciplinario . Editorial Paidós, Buenos Aires, 1989.